



Historia Indígena Nº 10. 2007, pp. 47 - 61
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

HISTORIA Y REPRESENTACIÓN: TOMÁS GUEVARA Y SUS ESTUDIOS SOBRE LOS MAPUCHES DEL *GULU MAPU*¹

Leonardo León
Universidad de Chile
Proyecto Fondecyt 1040724
lleonsolis@yahoo.es

Se analizan en este trabajo los paradigmas teóricos y los 'supuestos' científicos sobre los cuales el historiador Tomás Guevara elaboró sus diversos estudios sobre los mapuches a comienzos del siglo XX. La pregunta central consiste en averiguar las modalidades que adoptó aquella operación 'científica', 'positivista' y 'objetiva' llevada a cabo por el historiador 'liberal' que terminó implantando sobre los mapuches los vicios y perfiles negativos con que fueron reconocidos durante el siglo XX. Planteando como hipótesis central que el relato histórico es un poderoso dispositivo que intensifica el poder, de una parte, y de otra, estableciendo los estrechos vínculos que desde muy temprano se desarrollaron entre los historiadores y el Estado oligárquico del siglo XIX, se concluye que la obra del afamado etnógrafo contribuyó a construir una representación prejuiciosa y artificial de la población mapuche asentada en Chile.

PALABRAS CLAVE: mapuche, representaciones, etnografía, racismo, exclusión.

Este trabajo se realizó como parte de la investigación del Proyecto Fondecyt 1040724, "El colapso de la frontera mapuche, 1900-1950. Transformaciones sociales y bases históricas del conflicto actual". Mis agradecimientos a los estudiantes del Seminario "La Araucanía y su relato

This article analyzes, from a global perspective, those scientific paradigms and theoretical assumptions upon which the historian Tomás Guevara elaborated his diverse studies of the Mapuche at the beginning to the XX. Century. The central question consists on exploring the modalities adopted by that 'scientific', 'positivist' and 'objective' operation carried out by the 'liberal' historian which ended up throwing upon the Mapuche those vices and negatives profiles for which they were known by Chilean society afterwards. Setting as a central hypothesis the powerful role played by historical narrative on the consolidation of power while, at the same time, it exposes the closed links developed between Chilean historians and the oligarchic State of the epoch, it concludes that the works produced by the famed ethnographer contributed to build a prejudiced and artificial image of the Mapuche population resident in Chile.

KEY WORDS: mapuche, representantions; ethnographic work; racism; exclusion.

“Todos eran grandes bebedores de aguardiente”.

“La mentalidad del indijena moderno es, además, prelójica”.

“Le faltaba, asimismo, la tenacidad de la memoria para conservar por largo tiempo las imágenes almacenadas en el cerebro”.

Tomás Guevara, *La Mentalidad Araucana* (Santiago: Imprenta Barcelona, 1916): 4, 97 y 151, respectivamente.

“El relato histórico es intensificador y operador del poder”, escribió Thomas Abraham en su Prólogo a la *Genealogía del Racismo* de Michel Foucault, “esta es la función de la memoria histórica, la de sostener un discurso del esplendor del poder con sus rituales y funerales, elegías y epitafios, consagraciones, ceremonias, crónicas legendarias...”². Esta visión, tan descarnada y cruda del papel que desempeña el relato historiográfico en el mundo contemporáneo es quizás uno de los aportes más fundamentales de la teoría historiográfica reciente. El ejercicio no dejó de ser doloroso ni traumático para los especialistas, pues no solo consistió en hurgar en la urdimbre íntima de la producción historiográfica, sino que también significó renunciar al anuncio de la “Verdad” –así, entre comillas y con mayúsculas– que tanto alabó el historiador

historiográfico, 1900-1975” (Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile) y a los organizadores de la *IV Jornada de Historia Social de Chile* (Universidad de Chile, 2007), por sus comentarios al manuscrito preliminar. Mis agradecimientos al licenciado Fernando Ulloa Valenzuela, por sus valiosos aportes a esta discusión.

² Tomás Abraham, Prólogo a Michel Foucault, *La genealogía del racismo*. Buenos Aires: Edit. Altamira, 1996, p. 8.

de antaño. La ética del intelectual se anteponía, finalmente, a la vanidad del historiador que hasta allí, como un arcángel, distribuía sus dones, otorgaba sus gracias y pregonaba públicamente, desde las abultadas páginas de sus libros, los Apocalipsis y los renacimientos. Súbitamente, los propios historiadores exponían a los fuertes vientos de la crítica las debilidades del relato; como en el viejo cuento del traje invisible del rey –que veían solamente aquellos que le adulaban–, los teóricos de la historiografía notificaron a los cuatro vientos que el rey iba desnudo. Se marcaba así el fin de la historia, no del proceso histórico como lo hizo tan ingenuamente Fukuyama, sino de la historia como ‘relato científico’. Se comenzaba a entender, con honestidad y franqueza, el verdadero rol de la historia y sus disciplinas. “El pasado es un factor esencial –quizás el factor más esencial de dichas ideologías”, escribió el historiador británico Eric Hobsbawm, refiriéndose a los nacionalismos y fundamentalismos que plagaron el siglo XX, “y cuando no hay uno que resulte adecuado, siempre es posible inventarlo”³.

En Chile, la historiografía tradicional se desdobló en el desempeño de la función reproductora del sistema que le otorgaron las clases dominantes. De una parte, en tanto se vinculó desde muy temprano con el Estado oligárquico del siglo XIX, contribuyó a construir, de modo sesgado y parcial, la memoria de la élite y de sus aliados para echar las bases de lo que hoy constituye una débil y artificial identidad nacional; de otra parte, a través del régimen educacional, que tomó sus textos como verdaderos catecismos, la historiografía se convirtió en uno de los dispositivos de control social introducidos por el Estado para ejercer el dominio sobre las demás clases sociales. En una palabra, la historiografía tradicional jugó un papel infausto en la construcción de la memoria social y fue nefasta para el desarrollo del oficio y de la disciplina histórica en Chile. Falsamente tildada de liberal y de positivista –calificativos exagerados en tanto que fue más bien una historiografía autoritaria, basada en débiles y sesgados registros documentales y profundamente argumentativa–, esta historiografía fue gestando un imaginario colectivo en el que primaron los estereotipos, los prejuicios racistas y las falsedades epistemológicas. Los historiadores, como bien señaló Gabriel Salazar, se transformaron en “los guardianes institucionales” de la memoria del Estado oligárquico⁴. En el mundo de los sujetos históricos, la historiografía tradicional acentuó el protagonismo de las elites –en desmedro de los demás grupos y clases sociales– y se empeñó en engendrar los grandes mitos que poblaron la memoria nacional durante gran parte del siglo XX. En una palabra, parafraseando a Goya, la historiografía tradicional creó monstruos que posteriormente nadie pudo controlar. Sentada en los paradigmas de la sobriedad, el trabajo esmerado, el sentido del ahorro y la moralina

³ Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*. Barcelona: Editorial Crítica, 2002, p. 17. Algo de esto, en reverso, visualizan Jorge Pavez cuando analiza los escritos de Liconqueo y Liempi respecto de la inspiración que dieron los mapuches a los revolucionarios franceses de 1789; ver Jorge Pavez O., “Carta y parlamentos: apuntes sobre historia y política de los textos mapuches”, *Cuadernos de Historia* 25, Universidad de Chile, p. 14.

⁴ Gabriel Salazar, “Historia popular, Chile, siglo XIX: una experiencia teórica y metodológica”, *La historia desde abajo y desde adentro*. Colección Teoría, Facultad de Artes, Universidad de Chile, 2005, p. 12.

conventual, se procrearon en los escritorios de caoba a los mal-entretidos, a los vagos, a los ladrones consuetudinarios y a los pillos de poca monta sin ninguna trascendencia histórica. Estereotipos que, de modo masivo, se dejaron caer sobre los sujetos populares y que, por sobre todo, se aplicaron a los mapuches del *gulu mapu*.

Se podría pensar que la apertura de este artículo es exagerada. Por eso, frente a las suspicacias y las dudas, el estudioso debe preguntarse: ¿En qué rincón del trabajo intelectual de los historiadores liberales se procrearon los mapuches “bárbaros, salvajes, borrachos y flojos”? ¿Quiénes acuñaron esa frase tan hermosa que opone la “civilización” a la “barbarie”? ¿Quiénes fueron los ‘científicos’ que acusaron a los mapuches de ‘representar’ lo peor del ‘alma nacional’, y que acumularon sobre ellos todos los vicios, las turbiedades y las fatales características, para omitir e ignorar el *kimun* y el *admapu*? En otras palabras, ¿gracias a qué operación ‘científica’, ‘positivista’ y ‘objetiva’, los historiadores liberales implantaron sobre los mapuches los perfiles negativos con que fueron reconocidos por la sociedad ‘chilena’ durante el siglo XX? En el contexto de la construcción de las representaciones que atochan el imaginario colectivo, ¿cómo se fabricaron los mitos que asolan nuestro entorno? “A comienzos del siglo xx empezaba a resultar visible el agotamiento de los viejos métodos de la erudición histórica académica del siglo XIX con sus pretensiones de objetividad científica”, escribió recientemente Josep Fontana, “que enmascaraban el hecho de que su función real era la de servir, por un lado, para la educación de las clases dominantes y, por otro, para la producción de una visión de la historia nacional que se pudiera difundir al conjunto de la población a través de la escuela”⁵.

En este artículo intentamos reconocer algunos de los paradigmas elaborados por la historiografía tradicional que terminaron con la exclusión de grandes masas humanas. En particular, centraremos la atención en Tomás Guevara, el prolífico historiador de comienzos del siglo XX que, sin duda, se convirtió en una de las piedras angulares del estudio de los mapuches durante esa centuria. Para lograr este propósito, instalaremos a Guevara en esa vasta escuela de historiadores chilenos que se dicen herederos de la tradición ‘liberal’, ‘científica’ y ‘positivista’, que aun pretenden que sus opiniones se han anulado en el espacio simbólico de la escritura; esos historiadores que alegan que han escrito la verdad, pero que transformaron a nuestros ancestros –los así llamados indígenas– en nuestros enemigos. Nos interesa averiguar de qué manera el épico *weichafe* del siglo XVI, el *apu guilmen* del siglo XVII que negoció las paces con la principal potencia colonial de Europa, el embajador que puso en ascuas a la Real Audiencia de Santiago, el *lonko* de Salinas Grandes que firmaba su correspondencia a los presidentes de Argentina y Chile con el título de “Emperador de las Pampas”, fueron individualmente y colectivamente degradados al rol de ‘indio borracho’, ‘testarudo’, ‘rencoroso’ y ladrón’. Palabras que desde el mundo de lo simbólico se trasladaron al campo de lo real-social y que se tradujeron en negación, persecución, exclusión⁶.

⁵ Joseph Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX*. BARCELONA: Editorial Crítica, 2002, p. 9.

⁶ José Bengoa, *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX*. Santiago: Planeta, 1999; Jorge Pinto Rodríguez, *De la inclusión a la exclusión. La formación del Estado, la Nación y el pueblo mapuche*. IDEA, Universidad de Santiago de Chile, 2000.

Tomás Guevara ha sido respetado por su obra historiográfica. Cronológicamente, es quizás el último de los grandes historiadores *liberales* del siglo XIX. En su obra, siguiendo muy de cerca la metodología y el formato que estableció Diego Barros Arana, relleno los vacíos que dejó aquel; también fue un activo polemista –en especial, con Ricardo Latcham– y fue reconocido por su gestión como Rector del Liceo de Hombres de Temuco. Para muchos, representa al intelectual chileno que más sabía, en esa época, de los mapuches. Hablaba *mapudugun*, conocía muy bien las crónicas coloniales y acostumbraba a relacionarse con mapuches en Temuco. En más de un sentido, su trabajo etnográfico efectivamente representó un esfuerzo por adentrarse en el mundo, hasta allí desconocido, de la Gente de la Tierra. Sus testimonios directos, las observaciones que hizo de los acontecimientos que le tocó presenciar y la detallada reconstrucción de la etnografía histórica a través de una esmerada revisión de los cronistas y de la documentación disponible, lo sitúan con justicia como un estudioso destacado de los mapuches. Sin embargo, pocos cuestionan su base epistemológica. Mucho menos se detuvieron en la miríada de supuestos prejuiciosos sobre los que se asentó su escritura y el estrecho vínculo que estableció, desde un comienzo, con esa corriente pan nacionalista de comienzos del siglo pasado que aspiraba a instalar la noción de ‘Un Estado-Una nación’ para toda la población del país. Nociones, está de más decirlo, que se respaldaban en las construcciones estatales del pasado y en la concepción de las elites como las arquitectas exclusivas del proceso histórico. Guevara fue, parafraseando a Said, uno de los fundadores más potentes de lo que podríamos denominar el *mapuchismo*. Situados en este campo podemos preguntarnos: “¿Cómo podemos estudiar el fenómeno cultural e histórico del *orientalismo* –léase *mapuchismo*– considerándolo como una obra humana voluntaria –y no como una especie de razonamiento en el vacío– con toda su complejidad histórica y con todo su detalle y valor, sin, al mismo tiempo, perder de vista la alianza entre la acción cultural, las tendencias políticas, el Estado y las realidades específicas de dominación?”⁷.

El *mapuchismo*, si se nos permite usar este vocablo con toda la carga de significados que le atribuye Said al *orientalismo*, fue una operación científico intelectual que estuvo siempre en movimiento pero que adquirió especial importancia a comienzos del siglo XX. Fue en esos años cuando, una vez concluida la usurpación de sus territorios y la negación de su autonomía nacional, la construcción historiográfica de los mapuches se dirigió a despojarlos de su humanidad. En el ámbito académico primaba la idea del bárbaro y del salvaje, contrapuesto al ideal del hombre civilizado que planteó la ‘ilustración’. “El mapuche posee una memoria perfectamente desarrollada”, escribió Tomás Guevara en el prólogo a su obra sobre las *últimas* familias araucanas, “cuando la aplica a un hecho, costumbres de animales, a tradiciones transmitidas por los padres”⁸. Y agregaba a renglón seguido: “No pasa lo mismo con los sucesos de una época determinada, sobre todo de alguna extensión, en que haya necesidad de emplear un orden cronológico. Este orden lógico no es propio de la psicología del indígena,

⁷ Edward W. Said, *Orientalismo*. Barcelona: Edit. Debate, 2002, p. 38.

⁸ Tomás Guevara, *Las últimas familias y costumbres araucanas*: 16. Se ha conservado la ortografía y gramática de los textos consultados.

porque el pasado mui lejano se borra ante el interés inmediato de la colectividad i porque carece de una noción precisa del tiempo: las reminiscencias históricas resultan confusas e inexactas”. En una palabra, según Guevara, los mapuches estaban ‘mentalmente’ incapacitados para escribir su historia y, lo que es más trascendental, se diferencian cualitativamente de un sujeto normal y civilizado. “Sería, pues, absurdo exigir a un mapuche recuerdos sobre cualquier período de la historia de su colectividad”. Estas frases, que apuntan hacia la construcción intelectual del mapuche como un ser distinto, como el *otro*, subrayando las distancias y diferencias, contribuyeron a la gestación de los abismos sociales que terminaron desterrando a los mapuches al limbo de los pueblos sin historia. Mapuches, está de más decir, que en el concepto de Guevara eran además los últimos representantes de una raza milenaria que enfrentaban su desaparición definitiva.

Como otros intelectuales de su época, Guevara buscó la ‘imparcialidad’ a través del uso del método científico. “Un estudio de tal naturaleza, que presenta las ideas arraigadas en un pueblo inferior”, escribió Guevara, “y las que son transitorias y mundanas, reviste, sin duda, alguna importancia para los problemas étnicos o para deducir de los cambios de mentalidad formulas jenerales”⁹. Dicho de otra manera: el interés de Guevara respecto de los mapuches era de índole ‘científica’ y procuraba situarse en el desenvolvimiento de las mentalidades de más larga duración. Evitar la coyuntura para situarse en el meollo mismo de la esencia; la operación, sin embargo, transformaba a los mapuches en piezas de anticuario, en ‘entes’ portadores de información, tradiciones y memorias pero carentes de subjetividad. Muertos en vida, inactivos desde el punto de vista de la interacción –en el presente–, pero sumamente valiosos para la indagación. Instalar al mapuche como reliquia.

Un gran temor de la historiografía ‘positivista liberal’ fue el espectro de la subjetividad. Los datos de archivos y las referencias de las crónicas adquirían un rasgo de sagrado e inalterable, toda vez que se situaban más allá de la voluntad intervencionista del historiador; intervencionismo que, está de más decirlo, se producía en todo el ejercicio a través de la elección del tema, la lectura de las fuentes y la incesante interpretación de los hechos. Materialmente, el soporte del dato –el documento– parecía inalterable, más todavía si hacía alusión a un pasado muy remoto. Así, junto con el temor a la subjetividad aparecía la contemporaneidad, ese tiempo histórico que contamina e infiltra, que no genera la distancia temporal precisa para la interpretación. El tiempo presente que no permite enterrar a los muertos vivos porque pasaría a ser genocidio. En Guevara se produce un interesante juego entre ambos universos, combinándose con frecuencia el dato de archivo con la observación directa, contemporánea, personal. Sin embargo, en su apreciación de los mapuches de su tiempo, Guevara emite opiniones negativas y prejuicios. “Algunos simples mapuches, que no proceden de estirpes nobles de la raza, han logrado elevarse también por el trabajo y la adquisición de animales”, escribió refiriéndose a la suerte que corrieron los *lonkos* después de

⁹ Guevara, *Las últimas familias*, p. 217. En las citas de época, se ha conservado la ortografía original.

la *Pacificación*, “en cambio, quedan los caciques flojos que, por estar acostumbrados al trabajo colectivo de otra época, no han demostrado iniciativa individual ni seguido las costumbres nuevas”. Estos hombres, negligentes e irresponsables, prosigue el autor “dan sus terrenos a medieros y se reservan solo una o dos hectáreas para que saquen los hijos lo estrictamente necesario para el alimento de una parte del año; el resto vive a espensas de los comuneros o contrae deudas con los aparceros, que prolongan así la retención del suelo. A menudo es polígamo, pero como pasa endeudado i pobre, las mujeres se le fugan... estos caciques han perdido consideración de respeto i se les trata como individuos desposeídos de la dignidad a que tenían derecho por su nacimiento”¹⁰.

Durante su largo desempeño como Rector del Liceo de Temuco, Guevara tuvo la oportunidad de encontrarse diariamente con mapuches y contribuyó a formar una de las imágenes más indelebles de los antiguos y modernos habitantes de Arauco. Consciente del impacto que podían tener sus palabras señaló en *Psicología araucana*: “Este trabajo ha sido redactado con intención científica. No es, pues, labor de propaganda contra la raza indígena: sería eso pueril y sin ningún fin práctico”¹¹. Por supuesto, esta aclaración le permitiría hacer, posteriormente, afirmaciones etnocéntricas como la siguiente: “Por su deficiencia psicológica no es apto una noción precisa, como no se la forma, de lo bello”¹². Globalmente, el autor se refirió a la ‘Pacificación’ como “el sometimiento definitivo de los araucanos”. En otras palabras, se planteó al pueblo mapuche como una entidad que, estando dentro del marco jurisdiccional del Estado chileno, rehusaba someterse a sus dictados. Rebeldes, insumisos, desordenados, primero; vencidos, desanimados, carentes de brillo, después de la ocupación. Dando cuenta de las transformaciones que experimentaron los mapuches debido a la ‘Pacificación’, el autor afirmó: “Reminiscencias de su histórica afición a la guerra fueron las formaciones y simulacros que continuaron teniendo después de la ocupación definitiva; pero al presente esta afición guerrera ha desaparecido por completo. La energía militar de la raza es hoy una tradición y nada más...”¹³. Sin ignorar ni omitir el estado de prostración en que se encontraba el pueblo épico en los días que realizaba sus observaciones ‘etnográficas’, y los estragos que causaba la modernidad, Guevara escribió: “La raza indígena ha llegado a un período en que la extinción es más efectiva que la absorción del elemento étnico superior en contacto con ella. Han venido originando esta disminución los estragos de las enfermedades epidémicas, el alcoholismo, el producto escaso de su trabajo y a veces de los terrenos a que se les ha confinado, las espoliaciones del colono nacional y extranjero y finalmente el tedio de la vida pobre, humillada y perseguida, que va acrecentando su humor triste”¹⁴.

¹⁰ Guevara, *Las últimas familias*, p. 222.

¹¹ Tomás Guevara, *Psicología del pueblo araucano*. Imprenta Cervantes, 1908, p. 1.

¹² Id., p. 172.

¹³ Id., p. 148.

¹⁴ Id., p. 172.

Guevara fue crítico del marco jurídico en que se llevó a cabo la ocupación de la Araucanía y del sistema legislativo que ordenaba las relaciones patrimoniales entre los mapuches. Su crítica la centró en la naturaleza comunal de la propiedad de la tierra que se estableció en 1866 y en la ausencia de un proyecto de modernización más completo diseñado por el Estado. Sobre el régimen de propiedad comunal, Guevara escribió: “Hace, pues, muchos años que el araucano se halla en aptitud, por esta evolución de su estado social, de manejarse solo, sin las trabas del régimen comunal”¹⁵. En cuanto al ajuste de los araucanos a la nueva institucionalidad jurídica y legal que introdujo el sistema estatal en sus territorios, el autor señala: “Obligados a concurrir a los juzgados en solicitud de amparo contra las diarias expropiaciones y atropellos de que son víctimas, los indios se han hecho en la actualidad litigantes asiduos y reconcentran en el tinterillo o agente de juicios la repulsión hereditaria al español, hoy chileno”¹⁶. Guevara reconocía los azares y avatares a que se veían expuestos los mapuches a causa de la ocupación forzada de sus tierras, pero estos eventos no fueron suficientes para explicar su retraimiento y tristeza aparente. En otras palabras, haciendo caso omiso de las condiciones materiales que determinaban la existencia de los mapuches, condenándolos a una situación miserable, desde su posición evolucionista, Guevara atribuyó estos rasgos a la “raza mapuche”. “Los estudiantes indígenas tampoco pueden mantener fija su atención por un espacio de tiempo algo prolongado. Las operaciones aritméticas, los episodios históricos y las lecciones de ciencia que se estienden, exceden a la cantidad de energía nerviosa de que disponen... el araucano dispone de un caudal copioso de ideas particulares; pero apenas cuenta con las generales más humildes y nunca llega a las más altas. En esto, como en todas las manifestaciones de su mentalidad, no difiere de los pueblos inferiores o semi civilizados”¹⁷. Se podría pensar que Guevara formuló estos planteamientos de modo accidental. En realidad, ellos se reiteran a través de su obra y son avalados con datos provenientes de la observación y comunicaciones personales. Su cercanía con Manuel Manquilef, el destacado dirigente mapuche de comienzos de siglo, y su continuo diálogo con *lonkos* y gente corriente le permitió establecer estrechos lazos con sujetos de su época, rescatar valiosos datos que guardaba la memoria oral y reconstruir relatos cotidianos que, de otra manera, quizás se habrían perdido para siempre; pero no pudo superar el etnocentrismo ni los prejuicios que configuraban su horizonte teórico y su práctica historiográfica.

Las observaciones de Guevara no se limitaron tan solo al campo de la psicología y mentalidades de los mapuches. También se afincaron en el mundo jurídico y político tribal. Refiriéndose a los malones como acciones de represalia llevadas a cabo por el grupo familiar para vengar una afrenta, el autor escribió: “Estas agresiones, fondo bien claro del derecho penal, ponen a la vista lo que era la práctica real de la vida indígena, reflejan con bastante luz el alma bárbara... correspondía el tipo de justicia araucana al de las sociedades cuya civilización no ha salido aún de los grados medio o superior de

¹⁵ Id., p. 192.

¹⁶ Id., p. 204.

¹⁷ Id., p. 367.

la barbarie”¹⁸. Y más adelante observaba: “Como en la generalidad de las colectividades no adelantadas, entre los araucanos la justicia reposaba en el talión, cruel y estricto en la época primitiva...”¹⁹. Para Guevara, la ocupación estatal de la Araucanía representó un progreso para la región. “La población agraria se acrecentó notablemente en la frontera y por lo tanto, la capacidad productora de esta sección. El cultivo del trigo y la ganadería fueron las industrias rurales de preferencia”²⁰. Al describir el proceso de expansión militar iniciado por Cornelio Saavedra, el autor manifestó: “La obra de conquista del coronel Saavedra había sido más eficaz, inteligente y persistente...”²¹. En síntesis, Guevara concibió el colapso de la frontera mapuche como un hecho significativo y trascendente en la historia nacional, toda vez que terminó consolidando el territorio ‘natural’ del Estado, sin cuestionarse las bases políticas ni la legitimidad jurídica del acontecimiento. Como parte de su ‘Destino Manifiesto’, el Estado chileno llevó a cabo la colosal tarea de derribar sus fronteras internas y establecer su hegemonía sobre toda la población del país. Desde 1880, Chile comenzaba a funcionar como un solo sistema.

“Dar a conocer la mentalidad del indio”, escribió Guevara en *La Mentalidad Araucana*, “no como producto de la especulación imaginativa, sino como resultado del conocimiento real y científico de sus caracteres psíquicos, es, dicho en resumen, el objeto de este libro”²². Esta magnífica defensa del método científico, una obsesión que más bien bloqueó las mejores intenciones, fue seguida por una frase que deja al desnudo una de las debilidades estructurales de la obra que comentamos: “no se trata, pues, de justificar teorías personales o de escuela. Se desea solo allegar nuevos datos al estudio de nuestros aborígenes, con sujeción a un plan y métodos uniformes, que permitan darnos cuenta del abismo que media entre el pensar y sentir de pueblos bárbaros y civilizados”²³. La idea de razas superiores e inferiores, tan arraigada en el darwinismo social de la época y la necesidad de justificar la evidente degradación de los mapuches a causa de la expoliación que estaban experimentando, se combinaron en Guevara para elaborar sus tesis ‘asimilacionista’, en la cual la gente de la Tierra termina diluyéndose en la sociedad mayor. “Los linajes o jeneraciones han perdido su antigua coherencia con las leyes de radicación”, escribió, “i con el contacto de la raza dominante”²⁴. La modernidad y la civilización, categorías tan queridas a la época en que escribió Guevara, fueron opuestas al arcaísmo que infiltraba cada porción del territorio y al gente del *Gulu Mapu*. Refiriéndose a las prácticas totémicas y animistas que atribuyó a los mapuches, Guevara escribió: “En el siglo XIX conservaba todavía la edad de piedra mucho de su pasado vigor”²⁵. Ir a la Araucanía, residir allí, se transformaba

¹⁸ Tomás Guevara, *Historia de la justicia araucana* (Imprenta Universo, 1922): 1.

¹⁹ Id., p. 7.

²⁰ Tomás Guevara, *Historia de la civilización de la Araucanía* (3 Vols., Santiago, 1902): Vol. 3: 385.

²¹ Id., p. 353.

²² Tomás Guevara, *La Mentalidad Araucana*. Santiago: Imprenta Barcelona, 1916, p. 4.

²³ Id., p. 4.

²⁴ Id., p. 20.

²⁵ Id., p. 30.

en una aventura fascinante para el estudioso: se trataba de un viaje en el tiempo, de una travesía hacia las raíces profundas de la historia humana. Los mapuches convertidos en los portadores de las reliquias y arcaísmos que, antes de desaparecer definitivamente, fulguraban una vez más en sus bailes, en sus creencias, tradiciones y palabras, como el canto de las bandurrias que se extingue en el crepúsculo, apagado por el suave repiquetear de las primeras gotas de la lluvia.

Los cambios que experimentó la sociedad mapuche, según Guevara, no provenían desde adentro, como resultado del desarrollo material de sus estructuras sociales e instituciones, sino que venían desde afuera. En ese sentido, para el autor, los incas y luego los españoles fueron fundamentales en la transformación de los elementos más intrínsecos y esenciales de la cultura mapuche: sus sistemas de filiación, sus mecanismos de legitimación, sus sistemas de creencias. “La conquista peruana trajo a Chile algunos adelantos que mejoraron la condición de existencia de los aborígenes... la invasión peninsular produjo una revolución en la sociabilidad araucana... la innovación, que en circunstancias normales habría demorado una larga serie de años, se produjo rápidamente, en pocas generaciones, porque esa rapidez ha sido la característica en los pueblos bárbaros...”²⁶. Posteriormente, frente a los embates civilizadores del Estado chileno, los mapuches acabarían extinguiéndose. “El ocaso de un pueblo”, escribió un autor refiriéndose a los pehuenches de 1880, dejando ver que la conceptualización introducida por Guevara no dejó de influenciar a destacados historiadores, sin reparar en la riqueza y complejidad que demuestran los mecanismos de integración, adaptación y transformación que caracterizan a las sociedades segmentadas²⁷. Los mapuches vistos como depositarios y recipientes pasivos de lo que otros pueblos les entregaron; sujetos indiferentes ante su propia historia, meras víctimas del acontecer histórico. Por sobre todo, gente incapaz de cambiar su sino inevitable de pueblo ‘primitivo’ condenado a desaparecer ante el avance avasallador del europeo. Incluso en el arte de la guerra, en que los mapuches fueron tan elogiados por sus enemigos, Guevara no descubre el genio creador ni la inteligencia de una cultura milenaria: “No podían concebir planes complejos, que son el fruto de mentalidades bien desarrolladas...”²⁸. Tender trampas, engaños, rapiñas y acciones de depredación y robo, sumados a una violencia insana y a cobardía intrínseca fueron, de acuerdo a Guevara, los rasgos principales del estilo militar mapuche. “Déjate de gritos y muere como hombre”, habrían sido las palabras empleadas por el oficial Daniel Sepúlveda al momento de fusilar, en 1860, a un *werken* sorprendido con una carta de los enemigos. Verdadero epitafio bajo el cual Guevara sepultó la legendaria bravura de los mapuches. La ciencia histórica develaba al final el mayor secreto de los antiguos araucanos: “algunos morían con visibles muestras de terror o pusilanimidad”. Los progresos, de otra parte, que pudieron registrar los cronistas y observadores, tampoco respondían a una capacidad creadora. “Los araucanos estaban dotados”, escribió

²⁶ Id., p. 44.

²⁷ Sergio Villalobos, *Los pehuenches en la vida fronteriza*. Santiago: Ediciones Pontificia Universidad Católica de Chile, 1989.

²⁸ Guevara, *La mentalidad araucana*, p. 67.

Guevara refiriéndose a las innovaciones tecnológicas que en el campo militar fueron la base de las victorias mapuches, “de esta característica imitativa de todo lo que significaba actividad guerrera”²⁹. Pero la descalificación no terminaba allí. También se instalaba en el centro del quehacer militar, la incapacidad congénita de los mapuches de concebir sus luchas y enfrentamientos como partes integrales de una causas más universal y trascendental. “Carecían los araucanos de esos sentimientos patrióticos que nacen de ideales más altos en los pueblos individualistas o evolucionados, como el amor a las instituciones, al país en estenso i no al lugar restringido, a las tradiciones comunes”³⁰.

Se puede pensar que es relativamente fácil rastrear los prejuicios de un historiador de comienzos del siglo XX, especialmente cuando dirige su atención hacia la reconstrucción de la mentalidad y la psicología mapuche. El campo de estudio, en realidad, no podría ser más propicio para aventar estereotipos y generalizaciones, especialmente cuando existían tan grandes abismos culturales. Pero la obra de Guevara no se agotó en el análisis de la subjetividad de los habitantes del *Gulu Mapu*. En su obra *Los araucanos en la revolución de la Independencia de Chile*, publicada en 1911, el historiador ‘liberal’ tuvo también la oportunidad de desplegar su mirada sobre los acontecimientos y, desde el análisis de las acciones, emitir sus juicios e interpretaciones. Comentando la caída demográfica que registraron los primeros censos de la población mapuche –de medio millón durante la Colonia a poco más de cien mil en 1907–, Guevara expresaba: “Es una lei de la etnología que toda colectividad indijena en contacto con otra raza superior tiende a disminuir... la masa evolucionada, en la competencia activa de raza, ha debido triunfar de la menos preparada, aniquilarla, espulsarla a otras rejiones”³¹. La descalificación no quedaba solamente allí. Describiendo las tácticas militares utilizadas por los longos para luchar contra patriotas y realistas, Guevara observó:

“A sus estratagemas o arte de engañar al enemigo, de tenderle trampas, característica invariable de los pueblos bárbaros se agregaba ahora un orden relativo en el ataque y los movimientos en el campo de la acción, una resistencia más prolongada y algún orden en las retiradas... algunos caciques iban vestidos con uniformes viejos, regalados por jefes amigos o quitados a los prisioneros. Explícase este gusto del indio por la indumentaria resaltante i singular, en su vanidad exagerada, su culto del yo”³².

Y luego agregaba:

²⁹ Id., p. 74.

³⁰ Id., p. 77.

³¹ Tomás Guevara, *Los araucanos en la revolución de la Independencia de Chile*. Santiago: Universidad de Chile, 1911, p. 222.

³² Id., pp. 234-235.

“La crueldad característica de todas las sociedades bárbaras no había desaparecido del todo; aún les agradaba ultimar a los prisioneros. Formábase alrededor de ellos un círculo de indios a pié o a caballo, todos afirmaban sus lanzas en el cuerpo del infeliz i, a una voz de mando, levantábanlo hacia arriba. Caía al suelo i la operación se repetía hasta que el cuerpo quedaba acribillado a lanzadas”³³.

En relación con su incapacidad política, Guevara observaba que las primeras convocatorias realizadas por los ‘patriotas’ de Concepción fueron bien recibidas por los longos y su gente, toda vez que fueron acompañadas de regalos y convites. “La alianza de los indios era ilusoria”, escribió más adelante, “porque no se encontraban en aptitud de comprender la alta importancia del movimiento revolucionario para derribar el régimen español, ni de calcular las ventajas que les reportaría un cambio de gobierno”³⁴. Sin duda, este tipo de frases demuestra las falacias del historiador que vamos comentando. Por supuesto, un siglo más tarde, es fácil descubrir sus errores, especialmente cuando se tienen a la vista las usurpaciones, despojos, matanzas y persecuciones que han experimentado los mapuches después de dos siglos de vida republicana. ¿Acaso Guevara no conocía los Tratados otorgados por la monarquía española garantizando la libertad política, la autonomía territorial y legitimidad del gobierno de los longos en el *Gulu Mapu*? ¿Es posible que no viera el proceso de ocupación de la Araucanía como el capítulo final en una historia de guerras, agresiones, promesas quebrantadas y engaños que se forjaron desde el Tratado de 1825? ¿Por qué no reconoció la capacidad diplomática, la habilidad política y la exitosa gestión económica de los mapuches durante el período colonial? Su vida, poblada de amigos, ayudantes y discípulos mapuches, impregnada de tratos y de sociabilidad, ¿no le enseñó acaso que los mapuches eran, al fin de cuentas, solamente un pueblo distinto? ¿Por qué prefirió quedarse con la imagen del mapuche ‘desconfiado’, ‘oportunista’, ‘vengativo’, ‘sugestionable’, ‘codicioso’, ‘interesado’, ‘borracho’ y ‘traidor’, en vez de subrayar la inmensa fidelidad que demostraron al monarca y el cumplimiento cabal de los juramentos que hicieron en los parlamentos? “¿Cómo es que incluso el discurso secundario de tono más liberal es incapaz de liberarse del código de la contrainsurgencia?”, se preguntó el historiador hindú Ranahit Guha al examinar una obra sobre la rebelión de los *santal* de 1855. Citamos esta interrogante porque constituye una curiosa coincidencia con las preguntas que nos formulamos al examinar los vocablos y dichos de Guevara. Y luego prosigue: “Su simpatía por la rebelión estaba contrarrestada por su compromiso con los objetivos e intereses del régimen. El discurso de la historia, apenas distinguible del político, acaba por absorber los compromisos y objetivos de éste. En esta afinidad con la política, la historiografía revela su carácter como una forma de conocimiento colonialista!”³⁵. Sin duda, el examen del discurso colonial en Guevara aún está por hacerse, pero es innegable que su obra sobre la civilización de la Araucanía no se

³³ Id., p. 237.

³⁴ Id., p. 239.

³⁵ Ranahit Guha, “La prosa de la contrainsurgencia”, *Las voces de la Historia y otros estudios subalter-nos*. Barcelona: Editorial Crítica, Barcelona, 2002, p. 73.

refería a la existencia de una civilización en la Araucanía, sino al proceso mismo de pacificación y civilización de los 'salvajes' de Arauco.

Guevara, curiosamente, se rebeló contra la mitificación de los araucanos elaboradas por autores más antiguos. Así, de un modo crítico y lúcido, denunció y expuso públicamente las falacias de poetas, cronistas y testigos que, de modo complaciente y exagerado, construyeron las ficciones relativas al araucano. Frente a la reiteración de lo que consideró falsedades e imágenes erróneas, postuló la etnografía directa basada en un trabajo de campo que se guiaba por un método científico. "El mejor informante acerca de los problemas de psicología étnica es el observador preparado, que ha vivido largo tiempo en una comunidad indígena y ha hecho esfuerzos por entrar en su manera de sentir i de pensar"³⁶. Sin duda, el objetivo era loable, toda vez que escritos del tenor de *La Guerra a Muerte*, de Benjamín Vicuña Mackenna, —basado en informes, partes militares y entrevistas con ex combatientes— proporcionaban una caricatura del mundo mapuche del tiempo de la Independencia. Pero Guevara no logró escapar de la prisión de su época pues vivió y murió entrabado por sus prejuicios racistas, su marco epistemológico basado en el darwinismo social y su condición de intelectual alineado detrás del poder del Estado que en esos momentos borraba la autonomía mapuche. Su obra abundante y erudita, prolija en el examen de las fuentes y minuciosa en el rescate de los testimonios de su tiempo, naufragó en las trampas que, desde el fondo de su mentalidad, atraparon también al resto de la historiografía tradicional. Ni siquiera su contacto directo con sujetos como Manquilef y los *lonkos* y *weipife* que le informaron sobre los linajes araucanos le permitieron salir de la profundidad de su prejuicio; la palabra hablada transformada en escritura fue su última sepultura. "A mí me parece que las palabras escritas pierden el valor que la boca les ha dado", declaró el *lonko* Tralamán a Bertha Koessler-Ilg, haciendo una afirmación que la obra de Guevara corrobora completamente³⁷.

Escribir historia en Chile no es un oficio fácil, porque el historiador se debe posicionar frente al poder: elegir entre ser uno de más de los sicarios intelectuales o, como manifestara muy bien Said, intentar rescatar con las banderas del humanismo la humanidad desolada. "El humanismo es la única, y yo iría tan lejos como para decir que es la última resistencia, que tenemos contra las prácticas inhumanas y las injusticias que desfigurán la historia de humana"³⁸. Se puede pensar que trasladar los dichos de Said al contexto chileno es una exageración. Chile, al fin de cuentas, no vive diariamente los bombardeos, las matanzas y los desarraigos que, a diario, experimentan los palestinos, libaneses, kurdos e iraquíes. Pero, ¿qué podemos decir de la discriminación, de la exclusión y de la persecución que sufrieron los mapuches durante todo el

³⁶ Guevara, *La Mentalidad araucana*, p. 100.

³⁷ Bertha Koessler-Ilg, *Cuenta el pueblo mapuche. Vol. 1: Tradiciones*. Santiago: Ediciones MareNostrum, 2006, p. 179.

³⁸ Edward Said, "Abrir una ventana hacia el Oriente", en *El Mercurio*, Suplemento de Artes y Letras, domingo, 24 de agosto de 2003.

siglo XX?; ¿cómo podemos explicar su pauperización, su hacinamiento en los conventillos inmundos, su relegación desde las tierras floridas y las cascadas cantarinas a los basurales periféricos de nuestras ciudades?; ¿cómo explicamos la pobreza y destitución en la que hoy viven miles y miles, sin más horizonte que la negación definitiva de su identidad como condición *sine qua non* de su redención material? Hoy, en alguna ciudad del sur, un grupo de mapuches dan una de sus batallas frente al silencio e indiferencia de la sociedad 'chilena'; una y otra vez, asalta la mirada el resplandor de los titulares de periódicos que, de modo alarmista y exagerado, hablan de la nueva Guerra de Arauco. La televisión hace otro tanto, desplegando imágenes de bodegas y camiones quemados, de fuerzas policiales atacadas por turbas enmascaradas, de fusiles y armas modernas y de banderas que pertenecen a organizaciones terroristas europeas. ¿Cómo llegaron a convertirse los *chilenos* en los enemigos de la gente de la Tierra?; ¿quién nos enseñó a ser indiferentes al dolor y las penurias de nuestros ancestros?; ¿en qué región de nuestro imaginario se instaló el mito que forjaron, entre tantos otros, los historiadores de comienzos del siglo XX?; ¿cuáles son los súcubos que absorben nuestra vida y nos roban incluso el derecho a sentir vergüenza de que tanta ignominia tenga lugar en nuestra Patria? “¿Qué fabrica el historiador cuando *hace historia*?”, se preguntó acertadamente Michel de Certeau al describir la operación histórica. La respuesta estuvo siempre al frente nuestro: cuando al historiador le interesa lisonjear al poder, lo que hace es forjar falsas identidades, construir memorias truncas, elaborar historias sesgadas, parciales, que terminan eliminando, omitiendo, despreciando, a la mayor parte de la gente. En una palabra, el historiador va creando con sus palabras doctas los mitos que hoy nos rodean. Pero no hablemos del historiador en abstracto, sino del historiador chileno. “Verdad es que no hay consideraciones, por generales que sean, ni lecturas, por mucho que se las extienda”, señala de Certeau, “capaces de borrar la particularidad del lugar de que hablo y del dominio en que llevo a cabo una investigación”³⁹. El relato histórico nace con una marca clasista –y racista, en este caso– que el tiempo hace indeleble pero que el Estado, con sus instrumentos docentes y didácticos, logra velar de modo constante. La institucionalidad también se presta para reforzar la legitimidad de los textos. Lo que ya no se puede ignorar es la intensa interacción que se produce entre un texto y los avatares de su tiempo. “La ciencia jamás es abstracta y neutral”, escribió Alessandro Triulzi, “sino que se alimenta del contexto sociopolítico en el que crece y se desarrolla y, por consiguiente, ...influye en dicho contexto y ayuda a articularlo”⁴⁰. ¿Cuáles fueron los tiempos, *grosso modo*, en que escribió Guevara su obra? La era de la ocupación, del despojo y de la pauperización de los mapuches; la era de los desalojos y de las matanzas –Llanquihue, Forrahue, Ranquil, por nombrar las más conocidas. La era del inicio del éxodo forzado de los mapuches desde el *wallmapu* hacia las poblaciones callampas, campamentos y callejuelas inmundas de las grandes ciudades de Argentina y Chile. ¿Que quedó de esos procesos en las obras de Guevara? Nada.

³⁹ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 15.

⁴⁰ Alessandro Triulzi, “Descolonizando la historia de Africa”, en Raphael Samuel (ed.). *Historia popular y Teoría Socialista*. Barcelona: Editorial Crítica, 1984, p. 212.

En este artículo he intentado reconocer algunos de los paradigmas elaborados por un gran etnógrafo que no pudo escapar a las determinaciones ideológicas de su época. Al decir de Pávez, me refiero al 'genotexto' elaborado por Guevara que, en tanto tal, solamente reproduce los 'correlatos territoriales' y se inserta como 'creencia teológica' en el desarrollo del nacionalismo 'chileno'⁴¹. En otras palabras, en este trabajo se ha revisado parte de la obra de Guevara como un texto escrito no por un científico instalado en un atalaya aséptico e inexpugnable frente a las tensiones y conflictos de su tiempo, sino como la elaboración de un 'chileno' de comienzos del siglo XX. "En el intersticio de los grandes monumentos discursivos", escribió Foucault al referirse a la historia de las ideas, "deja ver el suelo deleznable sobre el que reposan"⁴². Sin duda, Guevara escribió su obra conjugando el *episteme* de su tiempo y de su época, seguro de que sus textos surgían legitimados por el aparato del Estado, avalados por su prestigio como investigador y respaldado por esa red inefable de vínculos institucionales y sociales que rodeaban al intelectual de comienzos del siglo XX. Pero visto en perspectiva, es innegable que sus obras contenían conceptos y categorías que infiltraron y contaminaron la conciencia colectiva chilena sobre los mapuches durante gran parte del siglo XX.

Llevar a cabo esta tarea no ha sido fácil ni gratuita, pues en la hoguera de la crítica comienzan a morir los textos que alguna vez nos sirvieron de referencia; pero es urgente y necesario revisar a fondo el sustrato gnoseológico sobre el cual se construyó 'nuestra' mirada del mundo mapuche, sustrato que hoy comienza a ser removido por los propios mapuches que han tomado la palabra. El historiador, cuya materia prima es básicamente el tiempo y la memoria, no debe temer al paso del tiempo; más que nadie, debe estar consciente de la fugacidad de los momentos, de la increíble y terrible brevedad de aquel momento absoluto en que vivimos. La marcha de la historia, la marcha de los pueblos en la historia, siempre va dejando víctimas en su camino; sujetos que no le fueron indiferentes y que, por el contrario, intentaron hacer un aporte para que el tiempo futuro cambiara lentamente. Guevara cerró muchas puertas, pero también abrió caminos y su aporte no debe ser desconocido. Pero aun así, creo que es necesario dar cuenta de la tradición de investigación y búsqueda que representa -'liberal', 'científica' y 'objetiva'-, esa ciencia histórica que como un verdadero edificio se fue construyendo, ladrillo a ladrillo, sin preguntarse sobre la solidez de sus cimientos racistas, prejuiciosos e interesados. Estas deformaciones aberrantes, que más de alguien podría pensar como una etapa superada en nuestra disciplina, no han desaparecido, pues aún quedan algunos *paniguados* que, haciendo gala de su ignorancia teórica y de su torpeza intelectual, denuncian desde el fondo de sus cloacas conceptuales a los historiadores humanistas que han estudiado, entre otros temas, el mundo mapuche⁴³. Me refiero a los nuevos sicarios intelectuales que, reviviendo sus viejos rencores, envidias y pequeñeces, han puesto en letra de molde sus disparatadas majaderías y sandeces.

⁴¹ Pávez, ob. cit.

⁴² Michel Foucault, *La arqueología del saber*. Edit. Siglo XXI, 1991, p. 230.

⁴³ Sergio Villalobos, *La historia por la historia*. Osorno: Universidad de Los Lagos, 2007.